

Los años de Segovia



Jimena en Segovia: La semilla de “Estudio”

Fotos: Cortesía de la familia Terán Troyano.

Fernanda Troyano, Jimena Menéndez-Pidal y Ángeles Gasset entre los niños (de izquierda a derecha). Segovia, 1939.

Fernando de Terán Troyano

Querida Elena: me pides que relate mis recuerdos para el Boletín que prepararéis de homenaje a Jimena Menéndez-Pidal, referidos al periodo de la Guerra Civil pasado en Segovia, durante el cual, increíblemente dadas las circunstancias, se empezó a gestar en ella, la concepción de la enseñanza que, continuando las de la Institución Libre de Enseñanza (ILE) y del Instituto-Es-cuela, iba a desembocar después en la de “Estudio”. Y me decías, para animarme, “fuiesteis pocos los que compartisteis las enseñanzas de Jimena, Fernanda, Miguel Catalán y María Goyri en Segovia”. Y añadías que “el más pequeño recuerdo tiene hoy valor. Lo que no se escriba se perderá. La figura de Fernanda forma parte de esta

historia y de la fundación del Colegio, ya acabada la Guerra y desaparecido el Instituto-Escuela”.

Por muchos motivos, me gustaría mucho poder hacerlo, pero entenderás que me resulte muy difícil, tanto por la lejanía de aquel tiempo, como por mi escasa edad en él, que no me permitía percibir ciertas cosas ni participar en ellas. Por eso no sé si te servirá lo que yo pueda contar. Y además, al evocar todo aquello en la memoria, veo que mi incipiente formación entonces, no está tan directamente relacionada con Jimena, como con mi madre, Fernanda Troyano de los Ríos, a la que te refieres.

Pertenecía a la familia de Giner de los Ríos, al que llamó siempre tío Paco y, en muchos aspectos, era institucionista sin haber pisado la ILE, pero religiosa a su manera poco eclesiástica, como bastantes institucionistas. Era amiga íntima de Jimena, desde una infancia pasada intermitentemente en el Monasterio del Paular, con otras familias e intelectuales entre los que se encontraba Enrique de Mesa, que reflejó esos momentos en un delicioso poema en el que recoge la presencia de unos niños entre los que cita a Monchín, el hermano de Jimena muerto allí. Y después, cuando ya se había hecho maestra nacional, habían sido compañeras de ilusión y de estilo, enseñando varios años en el Instituto-Escuela, desde la primera etapa del mismo. Después de la noche del 18 de julio de 1936, pasada en el hueco de la escalera de la casa de los Menéndez Pidal en San Rafael, con los muebles apilados contra puertas y ventanas, oyendo como caían obuses de la batalla que se desarrollaba cerca, en el Puerto del León, vino la huida a Segovia, puesto que ya no se podía volver a Madrid, donde se había

*Fernanda Troyano
de los Ríos, 1939.*



quedado mi padre, catedrático ya entonces, también del Instituto-Escuela, que permanecería separado de nosotros durante toda la Guerra. En el viaje hubo episodios que debieron ser tremendos para los mayores. No se me ha borrado la imagen, entonces incomprensible para mí, de Miguel Catalán de cara a la pared, con los brazos en alto, mientras era cacheado. Ni la del hombre escondido bajo la cama, en la habitación en que nos habían metido a niños y mujeres.

No tengo recuerdos ordenados de todo lo posterior. Sé que pasé la Guerra rodeado de angustias y de miedo, pero sin sentir miedo ni angustia, gracias a las actitudes de los mayores y especialmente gracias a la pasmosa serenidad de mi madre.

En Segovia, como Diego Catalán me llevaba suficiente diferencia de edad, la enseñanza que él requería no coincidía con la mía, por lo que ni yo ni mis hermanos, que eran menores que yo, formamos parte del grupo de alumnos de su edad, que crearon sus padres, Miguel y Jimena, a su alrededor. En cambio, recuerdo perfectamente como me enseñó a leer y a escribir entonces mi madre, dibujando yo las letras con un palito, en la arena del jardín del Alcázar.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que, parte de la Guerra, mi madre y sus cuatro críos (uno recién nacido) no la pasamos exactamente en Segovia como los Catalán, sino en el próximo pueblo de La Losa, donde estuvimos escondidos, pues la policía ya había descubierto que ella era sobrina carnal del ministro socialista Fernando de los Ríos y la había interrogado varias veces, lo que comprometía a sus parientes, que generosamente nos habían acogido inicialmente en su gran casa (a nosotros y a los Catalán) porque él era oficial del ejército de Franco.

Por eso, mis recuerdos de Segovia, son de la segunda mitad de la Guerra, y entonces sí hubo más contacto con Jimena, a la que recuerdo enérgica y casi atlética, pero muy cariñosa, con sus penetrantes ojos claros y su tez morena, que venía mucho por casa, cuando nosotros vivíamos en un semisótano de la calle de Daoiz. Sé que mi madre ganaba algo de dinero dando clases particulares, pero no sé de qué vivíamos realmente. Y en esa casa, sí que recuerdo algo parecido a unas clases de Jimena y de mi madre, con dibujos, recortes, cuentas y cuentos, canciones y romances representados. Y algunos juegos con garbanzos y judías. Tenía una gran cocina con suelo de baldosa roja y allí, al calor de la cocina de hierro, se desarrollaba todo, incluida la caza de ratones, que tenían más hambre que nosotros, mediante un ingenioso cepo, formado, creo que fundamentalmente, con palanganas. Allí y en el jardín del Alcázar, donde aprendíamos a distinguir las plantas por la forma de sus hojas y a los insectos de las arañas por el número de patas. Y, a veces, en toda la ciudad, descubriendo ante el Acueducto, quiénes fueron los romanos, y quiénes los Reyes Católicos ante el Alcázar, o aprendiendo a no confundir el Románico con el Gótico.



*María Rubio Cerro,
profesora de Dibujo de
"Estudio".*

*(Arriba) Catedral
desde la judería.*

*(Abajo) Torre de San
Justo y Acueducto.
Segovia. Acuarelas.*





Jardín de Oquendo, 1940.

Y recuerdo que en esa cocina representamos en algún momento, algo que tenía que ver con El Cid, con un castillo hecho con sillas y que, en otro momento, se montó allí un Nacimiento con figuras dibujadas y recortadas en cartulina y que, ante él, cantábamos y bailábamos lo que parece que era el origen del *Auto de Navidad*, como después ha contado la propia Jimena.

Y poco más puedo contar de aquellos años de la Guerra que, increíblemente, no me han dejado un mal recuerdo, a pesar de las carreras al refugio, cuando sonaban las sirenas, porque venían a bombardear los aviones rojos, que yo me empeñaba en ver, porque los imaginaba vistosamente pintados de ese color.

En abril de 1939, recién acabada la Guerra, apareció en aquella casucha, sin previo aviso, un señor desconocido al que se abrazó mi madre, con gran asombro mío, y resultó que era mi padre. Y poco después regresamos a Madrid. En enero de 1940, empezamos a ir al Colegio, donde coincidimos, como alumnos inaugurales, con Vicenta (Tica), Manolo y Conchita Montesinos García Lorca, que aún no se habían ido a América y no sabíamos que íbamos a ser primos por el matrimonio allí, de tía Laurita de los Ríos con tío Paco García Lorca.

Y empezaron las clases con muy pocos compañeros. El recuerdo general es fascinante, sobre todo el de las clases de trabajos manuales. No teníamos ni idea de lo que pasaba fuera del Colegio ni de nuestra singularidad, y no entendíamos muy



*Jardín de Oquendo, 1940.
Foto tomada durante el primer
año de "Estudio".
Los Terán Troyano: 2. Santiago,
5. Manolo, 6. Rocío, 8. Fernando.
Los Fernández Troyano:
1. Leonardo, 3. Carlos.
Los Montesinos García-Lorca:
4. Conchita, 7. Manolo, 9. Tica.
(Numeración de izquierda
a derecha).*

bien, por qué razón teníamos que irnos los chicos a otra clase que las chicas, cuando se anunciaba la venida de una inspección.

Aquel era el Colegio que se acababa de inventar Jimena, con un grupo de compañeras entre las que estaba mi madre. Allí recibí el magisterio de las dos, el de Ángeles Gasset, de Carmen García del Diestro, de Miguel Catalán y de doña María Goyri. Y más adelante, el de otros que se fueron incorporando, entre los que recuerdo especialmente, por su contribución a mi formación, a Antonio Rodríguez Huéscar, profesor de Filosofía. Nunca podré agradecer bastante, lo muchísimo que les debo a todos. Sobre todo, por el ambiente que allí se respiraba.

Ahí tienes, Elena, lo poco que puedo contarte, pues otros recuerdos de entonces, algunos singulares y queridos, no guardan relación con el tema. Me temo que ni aún estos, encajen bien con lo que quieres. Ya me dirás. Y aprovecho para felicitarte y agradeceros la estupenda labor que estáis desarrollando.

Afectuosamente Fernando

Fernando de Terán Troyano
Antiguo alumno. Promoción 48
Académico de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando